

Palmerero

En lo más íntimo del hombre yace soterrada una ascencial ambición: la de trepar. Trepar. Sí. Pero ¿hasta dónde? ¿sobre qué? Trepar hasta el infinito, sobre todas las cosas para dominarlas, siquiera sea ilusoriamente. El hombre, que confunde la verticalidad con la altura, pretende colocarse tanto más alto cuanto más presume de serlo. Subir —o tratar de subir— a la cucaña es un divertido juego sólo al alcance de quien espera paliarlo empavonándose luego ante la concurrencia con la incuestionable prueba de su superioridad: el jamón, el chorizo, el gallo o las botellas de vino; acicates éstos que le instaron a trepar por el palo aún a riesgo de romperse el pantalón si no alguna que otra costilla.

Subir a una palmera es, por el contrario, un ejercicio más práctico y noble. Un ejercicio que nada tiene que ver con la diversión o con la soberbia. Un ejercicio que tiene mucho de oficio y de humildad.

Cuando el beduino del desierto trepa a la palmera no es por el mero gusto de romperse la chilaba o la crisma. Lo hace porque tiene hambre, impaciencia para aguardar la caída del fruto. El fracaso lo paga con una probable fractura; el triunfo le reporta una redención para su estómago necesitado.

A los ciudadanos de un país donde existen palmeras habría, como ejercicio terapéutico, que obligarles a subir a ellas. Primero para adiestrarles en la noble lid de vencer las dificultades sin marrullerías; después para convencerles, por vía de ejemplo, de la física pequeñez humana comparada con la grandeza de otras especies; tercero para redimirles de la soberbia de que se jactan quienes alcanzan una "altura" que no les corresponde mediante el mínimo esfuerzo de la ascensión mecánica.

¡Otro gallo cantaría al país si los políticos hablaran al auditorio desde la copa de una palmera a la que hubiesen llegado por su propio esfuerzo y no desde la tribuna en que les situó la suerte o la práctica abusiva de la dedocracia! En el oficio de palmerero no vale la designación digital. O se tienen redaros para subir hasta las palmas o se cambia de ocupación.

El de palmerero es uno de los oficios murcianos más admirable, y no, precisamente, porque comporte —que igual comporta— mayor riesgo que el de electricista, mondador, pocero o polvorista, sino por lo que tiene de oficio libremente elegido, sin imposiciones ajenas, por vocación a la altura y a la libertad; por amor a la plomada y al dominarse más que al dominar.

—Pocos higos ibas a coger tú, macho, detrás de ése.

He aquí la advertencia que se hace al murciano bajo en presencia o ausencia de otro más crecido, alguien, por ejemplo, a quien el pueblo llano moteja cordialmente como "colara", "esperigallo" "más alto que una perra de hilo" o "más largo que un día sin pan". No es, pues, una paradoja que al palmerero bajo se le apode "El Largo". Porque ¿quién más largo que el palmerero?

El palmerero es un jardinero de altura, un floricultor que cuida a sus desarrolladas criaturas con un mimo desinteresado y envidiable. Pues si bien se analiza —que es lo correcto— no es, a simple vista, tan meritorio cultivar claveles que remuneran con su gratísimo olor y emocionante escala tonal, como cuidar palmeras, que de cuando en cuando —más de lo que se piensa y de lo deseable— se cobran con un "punchazo endeñao" en la planta de un pie o en la cuenca de un ojo, o con una fractura de fémur o columna.

No obstante, el palmerero, terne él, no se para en barras. La palmera es su tentación, su atracción. La palmera le llama con una querencia infrenable, sobre todo cuando se trata de fecundarla. He aquí el trabajo que más gusta, supongo, hacer al palmerero. Porque fecundar a una palmera es un antídoto contra el riesgo, una especie de coparticipación en el milagro natural. Milagro que, por lo general, se presenta de forma espontánea, pero que, cuando las palmeras macho y hembra están tan distantes que aquélla no puede dirigir a ésta los dardos fertilizadores de la vida, será el palmerero quien, tomando en su mano un haz macho, impregne de vida sus sedientos ovarios. Fertilizar una palmera es, sí, el premio, gran premio, que el palmerero recibe en pago a sus desvelos y equilibrios de titiritero sobre los peldaños ásperos de la sucesión de palmas.

El palmerero se vale del sogón, una faja de esparto elaborada con escrupulosa técnica y gran minuciosidad para que responda a la misión que se le confía: soportar un cuerpo pesado, el del palmerero. Este se coloca sutilmente el sogón alrededor de los riñones, al tiempo que con sus férreas manos lo ajusta a los anillos de la palmera, practicando diversos ejercicios simbólicos previos a la ascensión para comprobar su resistencia. Y luego de bien atado el sogón y de comprobada la fortaleza del nudo, ya no piensa el palmerero en otra cosa que en subir, subir y subir, velozmente, tirándose hacia atrás para hacer cura, elevando la faja con suma prudencia en cada nuevo escalón y saltando él de trecho en trecho, pasito a pasito, como si caminara por una pared o por una cuesta muy empinada. Con el peso, la palmera se curva del mismo modo que se curva el cuerpo flexible de un arco. Da la impresión de que la palmera fuera a lanzar al palmerero por los aires, a proyectarlo al lejano horizonte. Pero el hombre, impertérrito, rudo, fuerte, dejando oír su acompasada respiración, va dominando la oposición del tronco, trepando con gallardía de trovador al encuentro de la amada. Y hasta que no lo logra, se desarrolla entre hombre y árbol un encontronazo de fuerzas en pugna, mientras crece la tensión en los pechos de quienes, abajo, contemplan entre admirados y absortos la ardua operación. Los mirones ven en el palmerero a una especie de hábil dios. Un dios que se aleja del suelo con una pericia envidiable. Por su parte el palmerero ve a los mirones como hormigas curiosas, aunque tiene por secreta norma de conducta mirar lo menos posible abajo para no tentar la llamada del vértigo.

Se dirá que no es tanta la altura de la palmera como para exagerar la nota del modo en que lo haga. A quien así piense habrá que recordarle que no es lo mismo, aunque lo parezca, mirar la tierra baja desde los cien o ciento cincuenta metros verticales de una torre fija que hacerlo desde los quince o veinte del correoso, movedizo, vibrante e inquieto cilindro de la palmera. Hay que subir a ella, trepar a su cúspide, para sentir la inquietud del soporte que no se resiste a quedarse quieto. Hay que vencer la angustia vital de la altura y aprestarse a mirar al bancal de soslayo, echado atrás, confiando a la fuerza de los riñones y a la cura de la faja, del sogón, el propio

equilibrio sobre el tronco que se agita al menor movimiento, y que se dobla tanto más cuanto más se inclina el palmerero. Hay que ver la tierra como un paruelo desplegado, más alto en una punta que en la otra, oscilante, con movimiento de péndulo inajustado que lo mismo eleva los coles que las baja, que acerca los maizales o los distancia, que ensera las copas romas de los naranjos o las oculta... ¿Subió acaso Andrés Sobejano a una palmera a escribir este alto pasaje?

República de nidos y cantares;
frondas y palmas; y el rumor lozano
de acequias escoltadas de cañares.

Una república de repúblicas se me antoja debe ser el paisaje huertano contemplado desde lo alto, visto desde la copa sin ramas al resguardo del penacho de grandes palmas. Desde arriba, desde la vertical, desde el vuelo de pájaro, el paisaje huertano es una completa exaltación de lo geométrico, una metamorfosis del plano que aspira a ser línea inclinada.

Ya en la cúspide, el palmerero se acomoda y grita a los. de abajo:

— ¡Palma va!

O:

— ¡Cuidiao con las palmas!

Las palmas caen precipitada y estruendosamente a cada golpe de certero machetazo que suelta el palmerero, aunque, a veces, una palma se resista y haya él de insistir machetazo va machetazo viene, y así estará, si ese es su propósito, hasta dejar la copa parcial o plenamente "mochá", lo cual evita riesgos de desprendimientos o quebraduras y facilita el crecimiento y cualificación del fruto: los dátiles, dorados como el oro, cuyas ristras baja el palmerero con una cuerda improvisando una especie de polea en la base de cualquier palma fuerte. Luego de recogidos los dátiles, el palmerero, a veces, arregla las hojas de la palmera atándolas arriba a guisa de moro, dándole al árbol ese característico aspecto de moza que se escurre el pelo después de habérselo lavado bien.

El palmerero cobra su trabajo en dinero o en especie, o en una fórmula mixta. De cualquier forma, el dueño de la palmera siempre querrá quedarse con una parte para él, y la pondrá luego a airearse y a madurar en la sala para destinarla al consumo familiar. El palmerero, a su vez, pondrá su parte a secar o adobará los dátiles para venderlos, en su momento, en cualquier establecimiento del ramo.

Comer dátiles "mauricos" era una afición de los meses fríos, del largo y tedioso invierno, una afición que, lamentablemente, se va perdiendo. Hoy el dátil se hace envasar en cajas de poliuretano con ventana de celofán y se destina a la exportación, mientras que el palmito se asoma en calidad de plato principal a los restaurantes de muchos tenedores.

Así las cosas, no será de extrañar que dentro de poco los palmereros sean reemplazados por máquinas recogedoras, grúas o escaleras móviles. Entonces, cuando

esto ocurra, que ocurrirá, la sencilla humildad del palmerero que corona con su esfuerzo y destreza la alta copa de la palmera se verá ensombrecida, reemplazada, aplastada, por la altivez del operario que sin apenas riesgo ni molestia acciona una palanca, enciende un piloto, cierra una llave, conecta un interruptor y recoge, automáticamente, los frutos.

¿Sabrán entonces igual los dátiles? Por supuesto que no a los huertanos que un día subieron a la palmera, y, arriba, en la paz de la copa, se sintieron momentáneamente reyes, soberanos de su huerta, de su fértil huerta.